

**En la Primera Lectura, San Facundo de Celanova, nos
enseña una lección: observamos las acciones reprochables de
los demás, pero nunca vemos lo malo de nosotros**
Lectura de San Facundo de Celanova

Con los ojos arrasados
en lagrimones, María
a su confesor decía
sus culpas y sus pecados.
Sin fatigas ni aspavientos
y llena de contrición,
empezó su confesión
por los Santos Mandamientos.
¡Qué dolor! ¡Qué laberinto!
Pasó el uno, el dos y el tres,
y el cuarto vino después,
y después del cuarto, el quinto.
Llegó el sexto, ¡suerte impía!,
y allí pagó bien sus gustos.
¡Ay, qué penas y qué sustos
pasó la pobre María!
¡Cuitada! Fuera de sí,
mas descansando en la fe,
exclamó: -"¡Señor, pequé!
¡Tened compasión de mí!
¡Quiera Dios y no el dios Baco,
perdonar mi desvarío ... !
Pero, por Dios, padre mío,
¿¿por qué oléis tanto a tabaco??"-
Él, pensando en el perdón,
contestó: -"Huelo, es verdad;
mi defecto es el fumar
y cedo a la tentación.

Diga, hermana, lo que quiera,
que todo ello será nada".-
Y la niña, sosegada,
se explicó de esta manera:
-"Supuesto que sois clemente
prosigo mi mandamiento:
sabed, para mi tormento,
que tengo un vecino enfrente...
Es joven, usa levita,
y es tan gallardo y buen mozo
que yo me muero de gozo
cada vez que me visita.
De verle tan currutaco
me da cierto escalofrío.
Pero, por Dios, padre mío,
¿¿cómo oléis tanto a tabaco??
¡Bien, mujer, ya te lo he dicho!-
replicó el cura, irritado,
y ella prosiguió el pecado,
confesando su capricho.
-"¡Ay, señor! Pues no es escasa
vuestra santa compasión,
sabed que el mozo en cuestión
estuvo el domingo en casa.
Nosotras somos sencillas,
y él, que es el mismo Caifás,
en broma, sin más ni más,
empezó a hacerme cosquillas.
En balde mis fuerzas saco,
procurando su desvío ...
Pero, por Dios, padre mío,
¡¡yo huelo mucho a tabaco!!"-
El cura, lleno de enojos,

de nuevo la reprendió,
y la niña prosiguió,
con lágrimas en los ojos:
-“En vano busqué maneras
de librarme de sus mañas,
y tras tales artimañas
las bromas se hicieron veras.
Quise hasta en puntos y comas
corregir al pecador,
pero no pude, señor;
que también gusto de bromas.
Me cogió bajo el sobaco
y con arrojo y con brío ...
Pero, por Dios, padre mío,
¡¡es que oléis mucho a tabaco!!-
El cura, llegando aquí,
dijo:-“¡Acabó la disputa;
tú me estás oliendo a puta
desde que empezaste así,
y no creas que pensara
de por ello hacer un chiste;
una falta que en mí viste
me la estás echando en cara!
Pues ¡¡ea! basta de historia.
Te perdono tus pecados
mientras me fumo un Ducados,
y aquí paz y después gloria”.-

Palabra de San Facundo. Amén

ENTIERRO DE BARRIHUELO 2012

De dar en vano consuelo
entramos a aquella estancia
un servidor que esto os cuenta
y don Jacinto Pechadas.

Pálido como la muerte,
casi yerto cual estatua,
el rostro enjuto y turbado,
de varios días la barba;
aun vestía blusa negra,
pantalones de mil rayas,
pañuelico rojo al cuello,
faja ceñida, alpargatas
y una boina en la cabeza
puesta de lado con gracia.

Por cumplir como cristiano
y tener pertrecha su alma,
o por temor, por lo menos,
a la divina venganza,
pidió espiritual ayuda
y a Dios perdón por sus faltas.

Mas tras de breve silencio
fijó en ambos su mirada
moviendo en tanto sus manos
convulsas y deslustradas.

Y con angustiado esfuerzo
deseó dejar constancia
de algún que otro sucedido
en las fiestas que hoy acaban,
palabras que se dijeron
siendo testigo Pechadas.

Como sabéis, Eminencia,
mientras paso estas jornadas
es el consistorio quien
me proporciona una estancia
que hasta ahora siempre ha sido
de este edificio una sala,
una sala chiquitita
pero muy bien situada,
ya que enfrente de ella tengo
a la Ermita de la Plaza.

Pero este año, ¡Santo Dios!
viví un espantoso drama;
bien fuera por el montaje
de un preciado montacargas,
o bien por la instalación
y cambio de unas ventanas,
o fuera por lo que fuere
tuve albañiles en casa.

Justo llegué el día siete
y vi en el baño una marca,
una marca en la escayola,
indudablemente de agua.

- " No te preocupes, me dijo
Fontecha al ver la desgracia."

A César Nieto, aún recuerdo
que diligente avisaba
mientras la llave de paso
dejó al momento cerrada.

¿**Y** cuándo acudió el artista?
¡cuando bien le vino en gana!
y en mi cuartito de baño
sin correr el agua clara.

¿Cómo darme una duchita?,
¿cómo un servidor se baña?

Cuando el apretón apremia
y es urgencia necesaria
¿qué hacer, qué hacer Dios Bendito?
¿qué hacer, qué hacer Virgen Santa?

Pues sólo se me ocurrió
por cercanía y confianza
rogar a Ignacio Peseta
y a su mujer Esmeralda
que me dejaran usar
su instalación sanitaria
para estrictos lavatorios,
o necesidades varias.

Se presentó el fontanero,
Cesítar fue quien llegara
y no dejó un azulejo,
ni una baldosita blanca;
se lió a cambiar los tubos,
cambia que cambia que cambia.

Fue al cavo de un par de días
de soldaduras kafquianas,
con el ruido apocalíptico
de un soplete que avasalla,
cuando al final César Nieto
su trabajo remataba
y contemplaba orgulloso
su gran obra terminada,
llegó el momento sublime
de la tropa albañilada.

Eduardo y Carlos Izquierdo,
con nivel, regla y plomada;
el hijo de Canal, pico,
carretilla y alcotana;
el bueno de "Todolomo"
paleta, cincel y llana
y otros dos que no conozco
cada uno con sendas mazas.

Y tras ellos un pintor,
"El Sonrisas" que le llaman,
con espátula, pincel,
un rodillo y brocha plana.

Y llevan todas las fiestas
invadiéndome la estancia
con sus cales, sus arenas,
sus cementos y su guasa,
diciendo, siempre diciendo,
¡hay! que pasado mañana.

Cuando Ramsés su pirámide
en Egipto levantaba,
los diez mil esclavos nubios
mucho menos guerra daban
que unos pocos albañiles
que han ocupado mi casa.

Y nada me extrañaría
que en mi próxima llegada,
aun hubiera algún paleta
recogiendo alguna falta.

Mas si ocurre este infortunio,
si se da esa circunstancia
yo me instalo como ocupa
en la casa de los Hacha.

Pero que nadie se piense que aquí acaban mis desgracias, pues algo hay que sufro a diario sin poder nadie hacer nada.

Tras un grato despertar y echado sobre mi cama, yo voy dando buena cuenta del café y de la tostada, en tanto escucho los sonos provenientes de la diana.

Cuando la dulce armonía se adueña de mi mañana, yo vuelvo a mi somnolencia arrebujaado en mi almohada; no duermo, sino dormito, al compás de gaita y banda.

Pero son sonar las diez y de una manera exacta un estrépito horroroso de nuevo me sobresalta.

Y ese aterrador estruendo me trunca mi dormitancia y el dormitar interruptus es algo que me arrebatata, mientras mascullo mis tacos con virulencia y con saña.

A estos seres que así actúan con alevosía y saña yo les llamo coheteros y es mi labor obligada describir a los fulanos ya mismo sobre la marcha.

El gusto de estas personas
si de música se trata,
es más raro que la Esteban
jugando en Pasapalabra.

Al cohetero en cuestión,
la armonía que le agrada,
que le hipnotiza y seduce
más que un aeropuerto a Fabra,
no es la Oda a la Alegría,
ni la Carmina Burana,
ni el Barbero de Sevilla,
ni el Amor Brujo de Falla,
ni el Aleluya de Hendel,
ni el Brindis de la Traviata,
ni la banda de este pueblo,
ni la gaita, ni chanfainas.

A ellos sólo les deleita
la perpetua serenata
del pin pan pun tocachuevos
que a una hora mas bien temprana,
en horrísono concierto
nos brindan cada mañana,
que encoge los corazones
de la gente que descansa
y a cualquiera bien nacido
horror y pavor le causa.

¿**Y** en cuanto a tecnología?:
el cohetero es un hacha.

Para un cohetero al uso
la mayor proeza humana,
lo que le llena de asombro
y más le conmueve el alma,
es el invento glorioso
de la tabla de Botanas.

¿**Y** en que consiste ese ingenio
de excepcional relevancia?:
el artilugio en cuestión
se compone de dos patas,
y en la parte superior
una ringlera de escarpías,
guardando entre todas ellas
una adecuada distancia,
do va inserto el proyectil,
o proyectiles, si cuadra,
para poder ser lanzados
bien de uno en uno o en sarta.

Y donde este prodigio
que se quiten zarandajas
tales como las Meninas,
Don Quijote de la Mancha,
las Pirámides de Egipto,
la Torre de la Giralda,
o el Guernika de Picasso,
o el Voyager de la Nasa,
o las naves espaciales,
o el coño de la Bernarda.

Y este es el breve retrato
del cohetero de raza
y al que antes de acabar quiero
manifestarle sin saña,
que son muchas las personas
las que mucho tiempo pasan,
bien mirándose al ombligo,
o bien jugando a las cartas,
o con su lupa y sus sellos,
o tocando la guitarra,
o jugando al excalestic,
o rascándose la panza,
o bien alguna otra cosa
que por pudor no se narra,
porque su ocio ellos lo emplean
en lo que les viene en gana.

Pues bien, por favor, señores,
¿por qué razón, por qué causa
sin importunar yo a nadie
se me priva de mi holganza?

A ver, pues, cuándo estos mendas,
los coheteros a ultranza,
se meten tanto cohete
despacito, entre las nalgas
y prenden luego la mecha
que les cuelga entre las patas
y así todos tan felices,
que es lo que nos hace falta.

Y en línea con lo abordado, pues de pólvora se trata, os contaré un sucedido que más parece una chanza.

Con setenta años, Jacinto, fue a echar al aire una cana y comprobó amargamente que aquello no funcionaba.

Alarmado fue a Don Juan a preguntar por la causa y este con un mero ejemplo le explicó lo que pasaba.

“Cada hombre cuando nace tiene una cifra asignada, son cinco mil los cohetes, cinco mil, la cifra exacta, que nos da la providencia en forma de premio o dádiva y que cada uno los tira cuando bien le viene en gana y barrunto que en tu caso la pólvora está gastada”.

Después de aquel parecer se fue apurado Pechadas y calculadora en mano noches enteras pasaba estrujando la memoria y sumando cada salva.

Y regresó a la consulta al cabo de una semana, detallándole fielmente sin remilgos y sin trabas, el montante de la suma de la munición quemada.

“**V**amos por partes, le dijo, y comprobemos con calma los cohetes disparados a mi edad septuagenaria.

Con dieciséis primaveras comencé a pelar la pava, originando un total de quinientas andanadas.

Después como usted bien sabe tuve una novia en Navarra con la que estuve treinta años, itreinta añitos!, ¡hay es nada!

Y si son cincuenta y dos, cincuenta y dos las semanas que viene a tener un año si el calendario no engaña y si cada siete días dos proyectiles tiraba, basta con multiplicar y he aquí la derivada: fueron tres mil ciento veinte chupinazos en Burlada.

Después de roto el noviazgo aun tuve aventuras varias, de las que me supusieron una suma de descargas del orden de ciento ochenta, si el cálculo no me falla.

Así que visto lo visto y con las cuentas bien claras, yo aun tendría un remanente, si su dictamen no marra, de iimil doscientos cohetes!! guardados en mi canana”.

Muy bien, le espetó Don Juan, mas la cuenta no es exacta, porque en ella no se incluyen, porque aquí veo que faltan todos aquellos cohetes que en tu manito explotaban.

Yo siempre que vuelvo a Elciego,
pueblo de mis entretelas,
siento que invade mi cuerpo
una grata complacencia
y es que mi pueblo me roba
mi voluntad que es pequeña,
porque soy de Elciego adicto
y en curarme esa querencia,
pues si os digo la verdad
no tengo ninguna urgencia.

Y quiero hablaros del vino
que es de este pueblo el emblema;
ivino sobrenatural!
porque divino es su néctar.

Y en tono desenfadado
quiero contar una anécdota:
a lo largo de mi vida,
cuarenta y tres primaveras,
¿sabéis eminencia cuántas,
en número de botellas,
cuantas lleva consumidas
este que a usted se confiesa?

Me refiero, por supuesto,
al vino que aquí se engendra,
y a cualquiera de las marcas
que dan prestigio a esta tierra,
bien joven de primer año,
bien crianza o bien reserva.

Yo se lo voy a decir,
esté atento su Eminencia,
y le ruego que no piense
que Barrihuelo exagera:
son casi dieciséis mil,
son quince mil setecientas
las botellitas exactas
que se ha pimplado este menda.

Y alguien se preguntará
por qué fórmula se llega
al resultado final
del vinatero teorema.

La contestación es simple,
no existe ningún problema:
basta con multiplicar,
multiplicar, por las buenas,
las botellitas de tinto,
justamente una es la media,
por el número de días
que precisan mi existencia.

Esas botellas, al año,
son al año esas botellas
trescientas sesenta y cinco
que es justamente la cuenta
de lo que yo voy bebiendo
con una alegría inmensa,
y dan como resultado
las dieciséis mil botellas,
que es una cifra sensata
de una pequeña cosecha.

Y yo le cogí el gustito
a ese estimulante néctar
que a mi garganta seduce
y el que mi humor alimenta.

El humor junto al amor
que a mí me inspira mi tierra;
porque aquí no hay buena gente,
lo que aquí hay es gente buena,
que entre una cosa y la otra
existe gran diferencia.

Porque a las buenas personas
yo las miro con cautela;
las personas buenas son
las que yo quiero a mi vera
y aquí las tengo a racimos,
iracimos de gente buena!

Y ya llegado este instante,
más remedio no me queda
que tratar otros asuntos,
algunas cosas más serias,
que en este mi pueblo amado
lo que sobran son los temas
y al que puestas yo le tengo
toditas mis complacencias.

Y es la Virgen de la Plaza,
la Virgen que nos consuela,
que es de este pueblo Señora,
la que es su Patrona excelsa,
la que endulza sus viñedos
cuando el año septembrea.

En el estado en que me hallo,
de hay que comprendáis la urgencia
por dejaros testimonio
de mi mayor complacencia
a este insigne consistorio,
autoridades diversas
y a todos esos foráneos
que en delegación fraterna
vendimiando simpatías
han venido a mis exequias
entre espléndidos viñedos
que escoltan la carretera.

Y lo primero que ven,
lo primero que se muestran
son orgullosas y altivas
las dos torres de la iglesia.

Y en la plaza donde estamos
ahíta de tanta fiesta
también nos está esperando
femenina y pizpireta
nuestra Ermita de la Plaza,
cuatro siglos la contemplan,
que de esta Plaza Mayor
es amparo y centinela.

Y en torno a esta hermosa plaza,
las calles que la rodean,
que son calles confidentes,
calles para hablar con ellas,
son calles para perderse
en sus bares y tabernas.

Mas no es esta la ocasión,
sí que lo es de confianzas,
cuando la sangre me hierve
y el corazón se me incendia,
para deciros, amigos,
cuando expiran ya estas fiestas,
que quien hasta aquí se acerque,
a los que vengan de fuera
a esta fértil tierra hermosa,
noble, limpia, alegre y bella,
madre amorosa del vino,
niña siempre y siempre vieja,
escudriñen sus recodos,
que descubran cosas nuevas,
huelan a viña madura
y a sabiduría tierna,
y paseen por sus calles,
y piensen en sus iglesias,
y compartan con sus gentes,
la hermosa gente alavesa,
el sol, el vino, la charla,
el recuerdo y las promesas.

Mas como advierto el final
hoy me inunda la tristeza;
pero una tristeza dulce
pues siento que la rodea
un aroma de esperanza
y nunca es triste el que espera.

Mi confesión ya termina;
tan solo decir me resta
que a mi retorno obligado
parte de mí aquí se queda,
y no quiero que se borren
sobre este suelo mis huellas,
porque este pueblo es historia
y la historia no se inventa”.

